La geografía poética de Verdaguer

El centenario de Mossén Jacinto Verdaguer cumple doblemente su misión revalorizadora. Nos sitúa de nuevo ante su obra ingente y nos da, además, una visión clarificada, limpia de anécdota personal y de pasión política. La dimensión temporal crea la mejor perspectiva y, además, permite la visión totalizadora, desgraciadamente velada un tiempo por quienes querían ver en Verdaguer el punto de partida de una concepción localista y minúscula de la Patria. Se intentaba ocultar así la mejor y más alta característica del gran poeta: su mirada de águila, su inmenso horizonte espiritual, su ilimitada curiosidad por todo.

Creo que ilustrará bien cuanto digo ahora un estudio acerca de Verdaguer y de su mundo circundante. Me ha preocupado siempre establecer las raíces de los poetas, el sentimiento que les une a la tierra. Ello nos da muchas veces claves importantísimas para el conocimiento de su espíritu.

Hay, en efecto, escritores para los que el tratamiento del paisaje pone a prueba su sensibilidad: se sienten solidarios de su horizonte y vibran con él; otros, para los que la naturaleza es un simple ejercicio de adjetivación, una mera tarea descriptiva. Al primer grupo pertenecen, en general, los escritores barrocos y los románticos; al segundo, los clásicos y los renacentistas.

Otra diferencia importante se deriva del entendimiento del paisaje, bien como reposo (entrevisto y soñado desde el ajetreo de la ciudad), bien como estímulo y espejo del ánimo inquieto.

La atadura del hombre a la tierra es evidente. Por mucho

que hayan cambiado los tiempos desde que formuló las leyes del "medio" Hipólito Taine, es innegable una relación entre el espíritu y el "clima" (ya Montesquieu entrevió esto), como lo demuestran, por ejemplo, los libros recientes de Dupouy *(Géographie des lettres françaises)* y de Hellpach *(Géopsique)*.

* * *

En este aspecto, la obra de Jacinto Verdaguer presenta facetas de muchísimo interés. Verdaguer fué un hombre telúrico. La tierra era, para él, madre inmensa y problema permanente. Sus biógrafos nos han contado esta gran obsesión investigadora: sus escaladas a montes inverosímiles, sus descensos a cortes abisales, sus entradas en cuevas profundísimas, el desbroce de tantos bosques y senderos, su inmensa e inagotable curiosidad: folklórica, botánica, lingüística, geológica, naturalística. Su goce por conocer las cosas y su emoción del mundo en su maravillosa y multiforme majestad.

Fué Menéndez Pelayo quien, al enjuiciar la *Atlántida*, llamó, primero que nadie, la atención sobre este aspecto del poeta. "Siente usted —le decía— y expresa con un vigor y una precisión geográfica que, a mi entender, no tiene igual en lengua alguna, todos los accidentes del paisaje de montaña, y todas las impresiones, ya solemnes y severas, ya risueñas, ya melancólicas que suscita la contemplación de la Cordillera."

La biografía de Verdaguer presenta una primera etapa —hasta los veinticinco años— que se produce en el llano de Vich, con alguna salida a Barcelona. Este llano, de armónica belleza, se encuentra aproximadamente en el centro de dos sistemas de cordilleras que, en cierto modo, le ciñen. Al N., la cordillera pirenaica, con la brecha de la Cerdaña que se introduce en tierra francesa; y al S., el núcleo de zonas montañosas que van del SE. a SO., constituyendo el Montseny y, más lejos, el Montserrat. Tenemos, pues, explicado un paisaje que rodea la infancia del poeta y que, al correr de los años, producirá por una parte el elemento paisajístico del *Canigó* y, por otra, el elemento-base de su libro de poemas *Montserrat*.

(Es interesantísimo hacer notar, sin embargo, que el esbozo

genial de la *Atlántida* es de cuando el poeta tenía veintidós años (1867) y que, por lo tanto, en esta época nada conocía del mar que sirve de escenario al gigantesco poema. Sus años de servicio en la Compañía Trasatlántica colmaron de realidad lo que, en la adolescencia del poeta, fué un ímpetu de su fantasía desbordante) (1).

Verdaguer es, pues, especialmente sensible a la emoción montañera. Su anhelo de grandiosidad le lleva a convertir las montañas en animados seres. "La llanura y el agua —ha dicho Hellpach— no producen tan fácil y determinantemente como las montañas, elevada complacencia, asombro o temor" (2). Las montañas tienen actitudes; sugieren gestos de amenaza o de violencia, catástrofes gigantescas. Verdaguer sintió la fuerza de este lenguaje, personificando seres mitológicos en las cumbres y en las cordilleras.

Por otra parte, el recinto que forman el Pirineo, el Montseny y el Montserrat no bastan —como ya sabemos— a la sed del vate. Podríamos estudiar su biografía poética estableciendo como una serie de ciclos concéntricos que, irradiando del rincón natal, van abarcando cada vez más anchos horizontes. Así, cuando la plana de Vich —con los límites antedichos— resulta pequeña a su anhelo, finge sobre el mapa de Cataluña un águila con las alas extendidas, cuyo pico corresponde al cabo de Creus (3). Los ríos históricos —Ter, Freser, Besós, Llobregat— son cantados reiteradamente. Pero esta visión de Cataluña no es, en modo alguno, exclusivista. La Virgen de Montserrat ha de cubrir con su manto a toda España (4). Más todavía: con respecto a España, Verdaguer se coloca en la línea de vivificadores y renovadores

---

(1) El gran biógrafo y amigo de Verdaguer, el canónigo Jaime Collell, cita una curiosa frase del poeta cuando tenía veintiún años: "Por poder ver América me dejaría cortar el brazo izquierdo."

(2) Ob. cit. El tema fuera de aquí ha sido tratado por Claire-Elliane Engel: *La littérature alpestre en France et en Angleterre,* París, 1928. En España, el tema de la valoración del paisaje ha sido tratado por Azorín, A. Castro, Lillo Rodelgo, Isaza Calderón, G. Díaz-Plaja. Más ampliamente por J. M. Sánchez de Muniaín: *Estética del paisaje natural.* Madrid, 1945.

(3) *Pàtria,* pág. 147.

(4) Ob. cit., "A la Verge de Montserrat", pág. 15.

que caracterizan el fin-de-siglo y que desembocarán en el Noventa y Ocho. Cataluña, vigilante, guarda la España dormida (5) y le reprocha que no acelere su despertar (6). Sólo un auténtico sentidor de la Patria siente, a la vez, la rabia y la tristeza de estos versos:

> Mes estic sol! no en cria ya de gegants Espanya
> no hi son lo de Paredes ni el "Fuerte de Ocharán" (7).

Y sólo un patriota que ha aprendido la fusión de lo español y de lo católico, entona ante Montserrat:

> Tabor de nostra Espanya, per tos graons de roca
> què sants, què reis, què héroes pujaren cap al Cel! (8).

Nueva ampliación del círculo geográfico en la obra de Verdaguer: Desde el punto de vista descriptivo, los relatos de visiones de España y Marruecos se corresponden a los de Centroeuropa, Rusia e Italia. Son visiones en prosa, periodísticas, aprovechando los viajes que realizó a dichos países, excepto Italia, que le sirve de fondo para su visión lírica —delicada y enternecida— de San Francisco de Asís.

Una ampliación más de nuestros ciclos concéntricos y llegamos al límite: Mediterráneo oriental —utilizado sin base documental para el "chör de les illes gregues" de la *Atlántida*— y Palestina, tema emocionado de su *Dietari d'un pelegrí a Terra Santa* y *Els jardins del Rei Salomó*. A occidente el límite de la geografía poética de Verdaguer nos lo da el Atlántico y su fabulosa mitología, que el poeta funde con héroes del Descubrimiento, bañando toda la obra de emoción católica y española.

Hemos visto cómo Verdaguer tuvo la inspiración de *La Atlántida* en su pueblo natal. Su alma armónica pensó un conti-

---

(5) Id., pág. 83.

(6) Id., pág. 148. Análogamente, el "Desperta Espanya!", de Maragall. Desgraciadamente, el diálogo se corta después.

(7) Id., pág. 147. ("¡Pero estoy solo! España ya no cría gigantes — no están ni el de Paredes, ni el fuerte de Ocharán.")

(8) Id., pág. 151. (Tabor de nuestra España, por tus peldaños pétreos — ¡cuántos santos y reyes y héroes subieron al cielo!)

nente hundido por Hércules y resucitado por Colón. El tema mitológico pudo haberlo tomado el joven seminarista de cualquiera de las Crónicas de Cataluña, singularmente la de Pujades o la propia Historia del P. Mariana, que debían circular por las bibliotecas de Vich. En ellas se narraban los orígenes mitológicos del Pirineo. No es fácil que entonces hubiese leído el diálogo *Timeo* de Platón, fuente —como es sabido— del debatido tema de la Atlántida; pero pudo haberlo visto, acaso, aludido en otros libros. ¿Y por qué no en un tratado de vida devota como el del P. Nieremberg, que debía figurar en las estanterías del Seminario vicense? Se lee, en efecto, en el capítulo X de su *Diferencia entre lo temporal y lo eterno* esta frase: "De más de esto, la naturaleza ¿qué alteraciones no ha padecido en este tiempo? ¿Cuántas islas se ha tragado el mar? De una, dice Platón, que anegaron las aguas que era mayor que Europa y que África." Acaso fué esta pequeña frase la que quedó un día razonando en el cerebro de aquel niño que vestía el traje pintoresco de los alumnos del Seminario de Vich.

De ahí salió, acaso, el germen de *La Atlántida*, en la que acaso los seres principales, cósmicos, sean, en realidad, la Montaña abrupta y el Mar encantador. Para tales personajes no basta con la medida normal de los poetas. Un "orden gigante" preside y da proporción a las descripciones. Es lógico que si los titanes derriban montañas a su paso utilicen como teas árboles encendidos. Esta extraordinaria gigantomaquia llena, con su robusto ímpetu, lo más grandioso de la obra de Verdaguer. Utilizando las dimensiones de los cataclismos geológicos, imaginando titánicas proezas, en realidad conserva una cierta armonía en los términos de sus relatos. Se diría que en él la fantasía no actúa como punto de partida, sino como límite (9).

Sea, como ejemplo, la imagen tremenda que compara la cordillera pirenaica a un inaudito árbol caído. Sus ramas se extien-

---

(9) La misma concepción del cataclismo que produjo el hundimiento de la Atlántida tiene un encadenamiento lógico, que culmina en la aparición encantadora de las islas del Mediterráneo al descender las aguas por haberse abierto el paso de Gibraltar. Las hipótesis científicas sobre estas cuestiones no son mucho más coherentes.

den desde Valencia hasta Rosas y los pueblos son frutos escondidos entre las ramas:

Un gran arbre ajegut és lo Pirene
que mira ses brancades poderoses
esbadiar-se de València a Roses
entreteixir-se ab serres i turons,
on penja, com ses flors immustenibles
les blanques caseries i vilatges
i, més aprop del cel, los ermitatges
que, en semblen, allà dalt, los escalons (10).

* * *

"Ante una obra como la de Verdaguer, ha dicho Menéndez Pelayo, la crítica del pormenor calla. Sólo nos queda aliento para leer, admirar y bendecir a Dios que ha querido que tal maravilla se escribiese en una lengua española."

GUILLERMO DÍAZ-PLAJA.

---

(10) De *Canigó*. "Un gran árbol echado es el Pirene — que contempla sus ramas poderosas — derramarse de Valencia a Rosas — entretejerse en sierras y en alcores, — donde cuelga, como sus sus flores lozanas — los blancos caseríos y pueblos — y, más cerca del cielo, las ermitas — que semejan allá arriba sus peldaños."